**FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN**

**Navianos de Valverde 18.09.2016**

Acudimos gozosos esta mañana de domingo para venerar la imagen de Nuestra Señora del Carmen que tiene su trono en este Santuario de la parroquia de Navianos de Valverde. Vuestros mayores en la fe así os lo enseñaron y vosotros queréis continuar la tradición. Desde tiempo inmemorial venís a esta romería para dar gracias a la Virgen, a ofrecerle vuestras vidas y a pedirle su intercesión, especialmente para el momento de la muerte. Nuestra Señora del Carmen, patrona de las gentes del mar, es aclamada como estrella de los mares. Los marineros cristianos, lejos de sus hogares y de su familia, sienten el consuelo de su alma cuando miran desde la cubierta del barco las estrellas en el cielo de la noche oscura. Al mirarlas, con los ojos llenos de lágrimas por la nostalgia y el recuerdo de los suyos, reconocen que no están solos porque les protege y ampara la compañía de una mujer rodeada de estrellas, la Virgen María, la madre del cielo.

La devoción a Nuestra Señora en el Monte Carmelo se remonta a los primeros siglos de nuestra era cristiana cuando algunos cristianos se retiraron para vivir como ermitaños a aquel hermoso monte de Palestina. Allí continuaron la experiencia mística de los profetas Elías y Eliseo. El eremita San Simón Stok fue el elegido en el siglo XIII por la Virgen María para entregarle el escapulario y con él una promesa: “El que lo lleve sobre su pecho en la hora de la muerte no sentirá el abandono de Dios ni la falta de intercesión de su Madre la Virgen María” La devoción al escapulario de Nuestra Señora del Carmen se extendió muy pronto por todo el mundo gracias al apostolado de los Padres y de las Madres Carmelitas. El escapulario no es un artilugio mágico como un talismán que nos atrae la salvación. Es un signo que nos recuerda que el cristiano está revestido de la gracia de Cristo y que gracias al amor misericordioso de Dios obtendrá la salvación si cumple sus mandatos.

En este año Jubilar de la Misericordia, la devoción a la Virgen del Carmen, abogada de los moribundos, nos ayuda a profundizar en la ternura de Dios para con sus criaturas, especialmente en el momento de la muerte. Porque es voluntad del Señor que “Todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2) como acabamos de escuchar en la segunda lectura que hemos proclamado tomada de la Primera carta de San Pablo a Timoteo. El Señor quiere rescatarnos del poder de la muerte espiritual y por eso sale constantemente al encuentro del hombre para ofrecerle su gracia de modo que, asido de su mano todopoderosa, pueda salvar su vida y participar para siempre de su gloria en el cielo. La gracia de Dios es su amor, su amistad, su misericordia y es más fuerte que la muerte. Él como un buen Padre nos la ofrece su ayuda por medio de la Iglesia para hacernos hombres nuevos en Cristo Nuestro Señor. Que la Virgen del Carmen intercede por nosotros para que el Señor tenga misericordia, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El Señor sale a nuestro encuentro de muchas maneras; pero principalmente por medio de la proclamación de la Sagrada Escritura. Su Palabra es como espada de doble filo que nos llama a la conversión del corazón para que no vivamos mirando para nosotros mismos y para este mundo sino para Él que por nosotros murió y resucitó.

Jesús, en el evangelio que la Iglesia nos propone este domingo, nos sorprende con una parábola que puede herir nuestra sensibilidad. Parece que pone como modelo a un administrador corrupto que se aprovecha de su puesto en beneficio propio. ¿Cómo debemos entender esta parábola? La calve está en la sentencia de Jesús al final del relato: “No podéis servir a Dios y al dinero” Efectivamente, el dinero, el poder del dinero es tan atractivo que corrompe a quien se deja llevar por su atracción fatal. En nuestra mente están ahora muchos casos de administración corrupta de los bienes propios y de todos que se han dado y se dan en nuestro país y en otros países. La corrupción ha hecho un daño irreparable a la sociedad no sólo material sino también espiritual porque ha crecido entre nosotros la desconfianza. Hay personas que se han lucrado o han permitido que otros se lucraran injustamente. Robar los bienes que son de todos o los de los pobres no solo es un delito sino un pecado gravísimo que no se perdonará hasta que no se devuelva todo lo robado. Además es un escándalo que se roben los bienes comunes o no se contribuya solidariamente al bien común cuando muchas familias y personas no tienen lo suficiente para comer y para vivir dignamente. Y, si estas personas son cristianas, no tengo palabras para calificar su acción que repercute en perjuicio de la fe y de la Iglesia.

La raíz de la corrupción económica está en la idolatría del dinero, en la cultura económica que se ha impuesto poco a poco por un neocapitalismo salvaje que promueve la avaricia y el lucro personal por encima de la dignidad de la persona y el bien social. La avaricia, dice San Pablo, es una idolatría y quien la cultiva un idólatra porque antepone las cosas de este mundo a las personas y a Dios mismo.

Por eso el Señor nos advierte que debemos considerarnos administradores y no dueños de los bienes de la tierra y que debemos administrarlos con fidelidad, justicia y habilidad. Es legítimo poseer bienes personales; pero la Doctrina social de la Iglesia nos recuerda que por encima de mis bines está el destino universal para el que el Señor los ha puesto en nuestras manos. Por tanto, no es justo que personas cumulen bienes sin darles una función social pensando en aquellos que no poseen nada. Ningún ser humano está legitimado moralmente para acaparar bienes para sí sin ponerlos a producir al servicio de los demás. Esto es administrar los bienes con fidelidad y justicia, según el plan de Dios.

A lo largo de la historia de la Iglesia tenemos suficientes ejemplos de santos que renunciaron a todos sus bienes y los pusieron a disposición de los pobres para entregarse sólo a Dios y a los hermanos. Recordemos a San Francisco de Asís, San Roque, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Calcuta y tantos hermanos que nos han precedido en la fe han tomado al pie de la letra las palabras del Señor: “No podéis servir a Dios y al dinero” y dejándolo todo, como los apóstoles, le siguieron.

Hermanos: Seamos libres ante los bienes de este mundo, seamos libres con la libertad de los hijos de Dios y no dejemos que nos atrapen y esclavicen los bienes de este mundo. Cumplamos no sólo las leyes civiles justas sino las leyes morales que van más allá de modo que nadie pueda reprochar nuestra conducta. Seamos generosos siempre con el bien común y seamos responsables de ese bien común participando y exigiendo a quienes hemos elegido para administrarlo que lo hagan con honradez, justicia y eficacia.

España es tierra de María y Zamora lo es de una forma especial por la cantidad de santuarios marianos que nuestros mayores nos han legado y que siguen convocando a muchas personas el día de su fiesta. Pidamos a la Virgen del Carmen por España y por Zamora para que el Espíritu Santo suscite en nosotros el deseo de ser justos y files administradores de los bienes de este mundo y siempre nos acordemos de ser solidarios y generosos con los que menos tienen.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga